

"La guardia blanca", de Bulgákov

Bulgákov pertenece a la gran generación de la revolución de octubre. Su actividad se desarrolla a la par —y en gran medida el ambiente se palpa en cada una de sus páginas— que la de los Mayokovski, Meyerhold, Sklovski, Eisenstein... Novelista, autor dramático, humorista, nació en Kiev en 1891 y murió en Moscú en 1940. Hizo tantos méritos en comunicar su visión entre satírica y piadosa de los tiempos que le habían tocado, que Stalin llegó a calificar su producción de "fenómeno antisoviético". En vista de lo cual, de poco le valieron intercesiones como la de Gorki. Sólo sería "rehabilitado" con la publicación en su país de "Novela teatral", en 1965.

En España es ante todo conocido por su novela "El maestro y Margarita", inmensa cachonada donde el diablo hace de las suyas entre bolcheviques; por su "Novela teatral", que describe las entretelas del teatro del Arte en la primera mitad de los años veinte; por alguna pieza publicada dispersamente, o por su cuento satírico "Corazón de perro", donde ofrece una curiosa simbiosis entre un can vagabundo y un proletario obtuso y "serio".

Pero su obra cumbre es "La guardia blanca" (1), novela que poco tiene que ver con los usos tolstolianos, patentes incluso en un Pasternak. Historia diáfana de las contradicciones de una familia burguesa, los Turbin, en los agitados días de la revolución y guerra civil en Kiev, reúne tanta riqueza literaria que la reseña es forzosamente pobre. La excelente traducción de Laín propone los clásicos matices bulgakovianos del diálogo disparatado y rápido, el impresionismo en las descripciones, el gusto por el cancionero popular, la ironía omnipresente, enternecida, ante sus personajes, que no le es indiferente pertenezcan a una u otra clase social: el "pecado" antistalinista de un escritor como Bulgákov es, ante todo, que escribe demasiado bien, inclasificablemente según los cánones burocráticos, y que en su visión de los estamentos que lucharon contra los bolcheviques introduce no sólo juicios políticos (bien ridiculizadores del anacronismo y prosopopeya

de la derecha, por otra parte), sino que también nos los presenta compuestos de seres humanos con grandezas y debilidades que para nada tienen por qué ocultar su procedencia burguesa, su identificación con ese mundo que los bolcheviques están tratando de derribar.

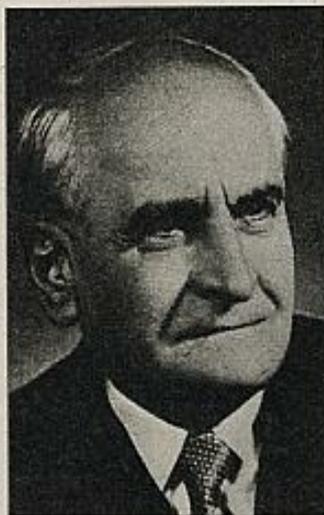
Y la presencia de la ciudad, Kiev. En pocas novelas se logra el protagonismo de la ciudad como en ésta. Inmersa en una vorágine de avances, retrocesos, repliegues, rumores, deseos, sobresaltos, uniformes de uno u otro color, desmanes y tradiciones, Kiev —sus habitantes— va y viene, eterna y frágil a la vez, zarandeada por unos tiempos demasiado grandiosos y terribles: se acuesta zarista, pero sabe que al despertar estará en otras manos (¿ucranianas?, ¿moscovitas?, ¿las del diablo?).

Seguramente hay mucho de autobiográfico en este libro de Bulgákov. El, sin hacer ostentación de ello, no lo niega. De arriba abajo, "La guardia blanca" es una novela escrita desde el mundo de la burguesía que cae: no lamenta, no justifica, no abomina de ese presente que es también el pasado y que ya —he ahí lo terrible, lo grandioso— no podrá ser el futuro. No hay moraleja en "La guardia blanca": como los auténticos novelistas, como todo ser humano que no trata de confundir asepsia con objetividad, Bulgákov presenta no un mundo de buenos y malos, sino que allí estamos nosotros, cualquiera que seamos, donde en el fondo siempre habíamos sabido que habíamos estado: en el Kiev prerrevolucionario, sangriento, transparente, efímero. ■ MIGUEL BAYON.

El arte como hecho semiológico

El origen del círculo de Praga fue una invitación. "Un día, Vilém Mathesius quiso discutir algunas de sus tesis lingüísticas, y reunió para ello a algunos de sus amigos" (1). Entre los primeros en acudir había tres rusos, Jakobson, Trubetzkoy y Bogatyrev. Vinculados los tres al círculo de Moscú desde su fundación, Jakobson y Trubetzkoy habían sentado allí las bases de

(1) De una entrevista con Jan Mukarovsky realizada por Jean-Pierre Fayon en su revista "Change"; citado por Jordi Llovet en su prólogo al libro que aquí se comenta.



Jan Mukarovsky.

la nueva orientación estructuralista en lingüística. Con su llegada a Praga, ambos contribuirían también de modo decisivo a la elaboración de la doctrina fonológica que iba a dar fama a la escuela de Praga.

Pero Jakobson tenía algo más que aportar al círculo reunido a partir de 1925 en la capital checa: sus trabajos de poética, realizados en estrecho contacto con los formalistas del OPOIAZ (Sociedad para el Estudio del Lenguaje Poético). Como es sabido, esta escuela de crítica literaria, fundada en San Petersburgo en 1916, fue la primera en ocuparse, con el rigor metodológico de una disciplina científica, de la especificidad de la obra literaria, descuidando otros aspectos —psicológicos, sociológicos, etcétera— que hasta entonces habían interesado fundamentalmente a la crítica. Muy pronto, sin embargo, Jakobson y otro colega suyo llamado Tyñianov iban a superar la estrechez original de ese enfoque puramente immanentista para ocuparse (sobre todo Tyñianov) de la relación entre la historia literaria y de otras series "históricas": la evolución de unas series y otras estaba regida por leyes estructurales que era preciso conocer. Todo este bagaje estructuralista, tanto en lingüística como en poética y en etnografía (disciplina esta última cultivada por Bogatyrev), sería la gran aportación de los tres rusos del círculo de Moscú a sus colegas de Praga.

En el origen del círculo de Praga iban a pesar, sin embargo, otras influencias igualmente importantes. La capital checa tenía su propia tradición lingüística, que se remontaba al

umbral mismo del Renacimiento, y a la que habían dado nuevo vigor, en los años de finales y comienzos de siglo, los trabajos de Masaryk y Marty. A lo que había que añadir, en otro campo fundamental, el de la teoría del arte, las huellas profundas de las estéticas kantiana y hegeliana, así como de la nueva fenomenología de Husserl (sus "Logische Untersuchungen" habían visto la luz en 1900) (2) y la teoría psicológica de la Gestalt, que se incubó precisamente en Praga.

Es fundamental tener en cuenta esta compleja red de influencias para analizar los escritos estéticos del checo Jan Mukarovsky (1891-1974), miembro del círculo de Praga desde su misma fundación, confirmante de las famosas "Tesis" de 1929, posteriormente categrático de su especialidad en Bratislava y Praga y director del Instituto de Literatura checa de la Academia checoslovaca de Ciencias entre 1952 y 1961.

Siguiendo y profundizando en la dirección inaugurada por Jakobson y Tyñianov, el autor de estos "Escritos de estética y semiótica del arte", que acaban de traducirse al castellano en excelente edición crítica de Jordi Llovet (3), afirma ya desde sus primeros trabajos la imposibilidad de considerar el arte como una esfera cerrada a otros sistemas, como una estructura que evolucionase totalmente, al margen de otras estructuras.

En primer lugar, y del mismo modo en que Jakobson habla de la función poética como no exclusiva de la poesía, Mukarovsky señala que la función estética no es privativa del arte. Para él, todo objeto, toda acción, pueden ser portadores de esa función, que no es —como piensan algunos— una característica real de las cosas, algo fijo e inmutable que les es inherente, pero que tampoco está bajo el dominio exclusivo del individuo: la estabilización de la función estética depende, antes bien, de la colectividad de la que aquél forma parte.

Algo parecido ocurre, nos di-

(2) El propio Roman Jakobson reconocía su gran deuda para con esta obra de Husserl en una entrevista que nos concedió hace algunos años y que publicó "Cuadernos para el Diálogo".

(3) "Escritos de estética y semiótica del arte" (Comunicación visual). Gustavo Gili. Barcelona, 1977. Traducción del checo de Anna Anthony-Visová. El profesor Jordi Llovet, profesor de Estética y Teoría Literaria de la Universidad de Barcelona, ha realizado una excelente edición crítica de estos ensayos de Mukarovsky, que datan de entre 1932 y 1947.

(1) Destino. Colección Ancora y Delfin.